



POR Ramiro Fernández
Experto en Psicoestética

Vivimos en una época en la que
no se da importancia a la vocación.
Reina la frialdad
en la mansión de los sentimientos.
No están de moda las intuiciones.

De modo tajante
escribía Goethe:
“el imprudente
que se consagra
sin vocación
a un estado u oficio
no puede ni debe
encontrar más
que decepciones
y sufrimientos;
pero quien ha nacido
con anhelos y dotes
para una especialidad
encuentra
en su ejercicio
la más hermosa
de las existencias”.

Pocos deben ser ya los llamados, cuando casi nadie necesita de esa rara voz que, desde nuestro fuero interno, nos invita y estimula a seguir un destino. No en vano, *vocación* deriva del vocablo latino *vocatio*, que equivale a llamamiento.

¿Quién le hace caso?, ¿Cuántos nos damos por enterados? Muchos menosprecian su resonancia y la mayoría son insensibles a su dictado.

¿Es posible? No lo comprendo, sin la palabra vocación y todo lo que ella representa, yo no podría descifrar los capítulos más importantes de mi propia vida. Es cierto que no logro explicarlo con precisión, pero cuando contemplo todos los acontecimientos que he vivido caigo en la cuenta de que todo carecería de lógica si no me animara hoy como ayer –y espero que también mañana– una imperiosa voz interior, como si de un duende se tratara, que va indicándome qué camino profesional me precisa seguir o qué enseñanza cursar.

¿Qué sería de mí sin esa fuerza impulsora? La personalidad de un hombre sin vocación la veo apagada y sin norte. Como un fantasma perdido en su desierto donde ni la sábana se distingue de tan cubierta que ha quedado de arena.

Nada como la vocación para singularizar nuestra imagen de modo brillante y hacer resaltar nuestras peculiaridades de forma coherente. Sin vocación sospecho que no podamos hablar de felicidad y de modos de obtenerla.

Sin esa voz interior todo es frustración. De modo tajante escribía Goethe: “el imprudente que se consagra sin vocación a un estado u oficio no puede ni debe encontrar más que decepciones y sufrimientos; pero quien ha nacido con anhelos y dotes para una especialidad encuentra en su ejercicio la más hermosa de las existencias”.

¿Puede ser de otro modo? Reconozco que me crispa los nervios cuando, cerca de mí, una persona comenta: “me dedico a la peluquería, pero lo mío habría sido ser arquitecto o escultor”.

Los hay que viven como desterrados dentro de una profesión. Su vida es un purgatorio. Desearía ejercer otro tipo de tarea, pero débil debe ser su pasión para lograrlo, pues si querer es poder, con más o menos tiempo ya podrían ser aquello que tanto han deseado. Se lamentan, y se vuelven a lamentar, pero les falta brío para empezar de nuevo.

No sabría dedicarme yo a una tarea que no fuese de mi agrado. He mostrado siempre una vehemente vocación de peluquero. No estoy ahí por falta de “algo mejor”. Lo mejor para mí está en ese “algo” que ejecuto. Por ello no soy un peluquero mecánico que trabaja como un autómatas y si no le fallan los clientes cada veinte minutos grita “¡El siguiente!”

Mi visión profesional es la propia de un hombre que se preocupa de coordinar la imagen humana de acuerdo con la personalidad de cada uno y en su punto más comprometido: el aspecto de la cabeza.

Como aquel personaje de Molière que hablaba en prosa sin saberlo, yo creo que hacía psicoestética antes de estudiarla. Me veo como una persona que busca en todo la armonía entre el fondo y la forma. Me reconozco como alguien que sabe –y muy a fondo– que el hombre vive desmoralizado cuando no tiene confianza en el impacto que causa su propia figura.

Y es un ser que necesita de expertos profesionales que le ayuden a lograr la seguridad que reclama el “saber estar”.

No es especialidad fácil aconsejarle en este terreno. Exige concentrar mucho la atención y casi no permite pensar en otra cosa. No hay duda que una vocación así apasiona. Se vive con intensidad. Quema.

No sabría dedicarme a una tarea que no fuese de mi agrado. He mostrado siempre una vehemente vocación de peluquero. No estoy ahí por falta de “algo mejor”. Lo mejor para mí está en ese “algo” que ejecuto. Por ello no soy un peluquero mecanicista que trabaja como un autómatas y si no le fallan los clientes cada veinte minutos grita “¡El siguiente!”



La personalidad de un hombre sin vocación la veo apagada y sin norte. Como un fantasma perdido en su desierto donde ni la sábana se distingue de tan cubierta que ha quedado de arena.

Pero, ¿vive el que no se apasiona? Recuerdo que en una ocasión el profesor Muñoz Espinalt me comentaba: "Si precisamente la cuestión es todo lo contrario: sin pasión la vida es inútil".

Puedo dar fe de ello: con mi mágica vocación yo he vivido fervientes pasiones y espero seguir viviéndolas, con la misma intensidad, por muchos años.

Sin fuego no puede haber resplandor de las llamas. Sería absurdo confundir la vida con algo que nunca ha logrado encenderse y que siempre ha permanecido apagado.

Pienso si vivir no será alumbrar lo mejor posible y, en la breve porción de



eternidad que a cada uno nos toca pasar en la tierra. Confieso que seré más o menos brillante, pero me he resistido con testarudez a ser un tipo humano que vive a oscuras. Incluso con el riesgo de que mi encendida vocación, algún observador superficial pueda confundirla con la vanidad.

Sin la palabra vocación y todo lo que ella representa, yo no podría descifrar los capítulos más importantes de mi propia vida.



Especialistas en uñas Professionals in nails



Thuya

PROFESSIONAL LINE

Sant Gervasi de Cassoles 68
08022 BARCELONA
Tel. 93 212 74 12
Fax 93 212 59 76
<http://www.thuya.com>
E-mail: thuya@ctv.es

Para recibir más información, rellena y envíanos este cupón.
Nombre y apellidos: _____
Dirección: _____
Teléfono: _____
ESPECIALISTAS